La recepción de la narrativa española en Polonia, 1781-1918

Introducción: la prosa española en Polonia antes de 1781

Las relaciones literarias entre España y Polonia [1] se remontan al siglo XVI, período en que —coincidiendo con la llegada a Polonia de dos órdenes religiosas de procedencia española: los jesuitas y los carmelitas descalzos— aparecen las primeras traducciones de obras de la literatura española. Las obras traducidas pertenecen a la prosa: didáctica, «Instrucción cristiana para los niños», de Juan Valdés, de 1556; ascético-mística, «Guía de pecadores», de fray Luis de Granada, 1567, y política, el tratado de Furió y Ceriol, «El concejo y consejeros del príncipe», 1595.

En el siglo XVII se editan las versiones de varias obras de Santa Teresa: «Libro de las Fundaciones», 1623; «Camino de perfección», 1625; «Castillo interior», 1633; se continúa traduciendo a fray Luis de Granada, el más popular de los escritores ascético-místicos vertidos al polaco, y se publica la prosa político-moral de Quevedo, «Política de Dios», 1633. Así pues, en ese siglo —al igual que en la centuria anterior, la literatura religiosa y político-moral española es la más editada y leída en Polonia, mientras que la literatura profana es todavía desconocida. Una excepción en este campo la constituye la publicación, en 1655, de la novela en verso titulada «Nadobna Paskwalina», («La bella Pascualina»), de Samuel Twardowski, que es una curiosa imitación de la «Diana», de Montemayor.

En el siglo XVIII perdura en Polonia el interés por los escritores ascético-místicos, y aparecen, al lado de los ya citados anteriormente, los nombres y obras de San Juan de la Cruz, San Pedro de Alcántara, María Agreda y algunos otros representantes de la literatura ascético-mística española [2]. Por su parte, la literatura didáctico-moral está representada por las traducciones de obras de Antonio de Guevara, «Reloj de príncipes», 1751, y Baltasar Gracián, «El Discreto», 1762, y el «Oráculo manual», 1764.

La mayoría de las traducciones de los libros españoles en los siglos XVI y XVII se hacen a base de versiones italianas o latinas, sólo en contados casos se traduce directamente del español. En el siglo XVIII, cuando en la literatura polaca se hace preponderante la influencia de Francia, el mayor número de traducciones se realiza a través de versiones francesas.

Es por intermedio de ese país por el que los polacos descubren a España y su literatura profana. Al lector y espectador polaco se presentan obras francesas que

[1] Sobre este tema, véase J. Morawski, «Espagne et Pologne-coup d'oeil sur les relations des deux dans le passé et le présent», en *Revue de Littérature Comparée*, págs. 225-246. París, 1936.

[2] El tema de la recepción de esta literatura en Polonia lo trata S. Ciesielska-Borkowska en su libro «Mistycyzm hiszpański na gruncie polskim» («El misticismo español en Polonia»), Kraków, 1939.

tenían su fuente de inspiración en obras españolas o se publican adaptaciones y paráfrasis francesas de libros de autores españoles. Sirvan como ejemplo «El Cid», de Corneille, y las novelas de fondo español de Lesage, «Gil Blas de Santillana» y «Le Diable boiteux».

En este estado de cosas, no es de extrañar que la traducción al polaco de la primera obra de la novelística española se haga a base de una versión francesa. Esta obra no es otra que «Don Quijote», de Cervantes, y a partir de su publicación en 1781 se inicia en Polonia la recepción de la narrativa española, tema al que va dedicado el presente estudio [3].

I. Las traducciones de la narrativa española en Polonia en los años 1781-1863

El hecho de la tardía traducción de la obra cervantina respecto a la fecha de la aparición del original y a sus casi inmediatas traducciones en países tales como Francia, Inglaterra o Italia se puede explicar por un factor de orden sociológico: el conocimiento generalizado del francés entre las clases altas y la burguesía polacas, o sea, el público lector, lo que se traduce en la importación de libros editados en Francia, entre ellos de las versiones francesas de «El Quijote». Las investigaciones que se realizaron acerca de la presencia de la literatura de Europa Occidental en la Polonia del siglo XVIII han demostrado que la abrumadora mayoría de los ejemplares de la obra de Cervantes, registrados en bibliotecas privadas y librerías públicas, eran traducciones francesas, incluso después de la ya mencionada versión polaca, y que el autor español llegó a ser uno de los más populares escritores occidentales en Polonia.

Antes de la traducción completa de «El Quijote» en seis tomos, 1786, se edita, en 1781, el primero de ellos [4], y cuatro años más tarde, 1785, un fragmento de esta obra, la novela de «El curioso impertinente». Esta última aparecerá en los sucesivos números de la revista «Monitor» [5], tan apreciada por la élite intelectual polaca de aquel entonces.

El autor de todas estas traducciones es un aristócrata polaco, traductor de literatura francesa, Franciszek Podoski. Su traducción la realizó a partir de la más popular de las versiones francesas en el siglo XVIII, a saber, la de Filleau de Saint-Martin. Esta, más que una traducción, era una libre adaptación de la novela cervantina, la cual quedaba desfigurada por el excesivo celo del adaptador de hacer de ella un libro de una comicidad de las más bajas. Para ello se sirvió del procedimiento de modificar el final de la novela original, añadiéndole incluso dos volúmenes de nuevas y cada vez más extravagantes aventuras del protagonista. El traductor polaco

---

[3] Este tema ya lo había desarrollado el autor en su tesis doctoral, presentada en polaco en la Universidad de Varsovia en 1979, y se halla actualmente en prensa.

[4] «Historya czyli i przygody Don Quiszotta z Manszy. Z hiszpańskiego na francuzkie a teraz na polskie przetozone przez F.H.P.K. M....», Varsovia, 1781, 1786.

[5] «Powieść ciekawego nieuwaznego», *Monitor*, núms. 89-99, págs. 713-800, 1785.

sigue con bastante fidelidad a su modelo francés, aportándole algunas notas polonizantes que llegaban al extremo de introducir varios refranes polacos.

El mismo año, 1786, en que aparece la traducción completa y hasta ampliada de la adaptación francesa de «El Quijote», uno de los más destacados literatos de la Ilustración polaca, el obispo Ignacy Krasicki, adapta la versión francesa de uno de los «exiemplos» del «Conde Lucanor», de Don Juan Manuel. Esta adaptación [6] no es más que un corto paréntesis en una época dominada por la traducción de obras de inspiración cervantina.

De nuevo, el canal transmisor lo constituye Francia, esta vez por intermedio de Florian, escritor muy popular en Europa a caballo de los siglos XVIII y XIX. Este, hijo de una española, era un gran conocedor, amante y —a través de sus versiones, imitaciones y paráfrasis— divulgador de la literatura española y, en particular, de la obra de Cervantes. Uno de los libros que le dio gran fama en todo el ámbito europeo fue una adaptación de la inacabada novela pastoril cervantina, «La Galatea». Esta adaptación tuvo una gran aceptación en Polonia, ya que entre 1787 y 1805 se publican de ella —en dos versiones distintas— cuatro ediciones, 1797, 1801, 1802 y 1805 [7].

Cervantes —a través de la obra adaptadora de Florian— sigue atrayendo a los editores polacos, ya que en 1790 aparece, bajo el título «Leokadya», la versión polaca de una de las «novelas ejemplares», «La fuerza de la sangre». Se intenta traducir de nuevo «El Quijote», primero utilizando la versión de Florian y luego directamente el original español, pero ambos intentos no pasan de la fase del manuscrito.

A la novela ejemplar cervantina vuelve la prestigiosa revista «Tygodnik Petersbuski», («Semanario de Petersburgo»), publicando, en 1832, en una versión muy abreviada, «La española inglesa» [8]. La tonalidad didáctico-moralizante de las obras españolas traducidas al polaco se mantiene con la publicación, en 1847, del «Conde Lucanor», de Don Juan Manuel, en una excelente versión del conocido poeta, traductor y crítico literario, Lucjan Siemienski [9]. Su trabajo debería ser considerado un acontecimiento en la historia de la recepción de la narrativa española en Polonia, puesto que —como resulta de nuestras investigaciones— es la primera versión impresa de una obra perteneciente a dicha narrativa, realizada directamente del español.

El propio Siemienski se convierte en un Florian polaco, al adaptar unos años más tarde, 1854, y bajo el título «Szklany czlowiek» («Un hombre de vidrio») [10], «El licenciado Vidriera», de Cervantes. El adaptador sustituye el fondo español por uno polaco y pone el acento sobre la comicidad del protagonista, que por su pasión por los refranes se acerca al Sancho cervantino.

Esta adaptación aparece un año antes de la publicación de la segunda traducción polaca de «El Quijote», hecha por un literato y traductor de la literatura francesa, W.

---

[6] «Dziekan w Badajoz», en *Listy i Pisma rózne X.B.W.* Tomo I, Varsovia.

[7] La primera versión, anónima, tiene tres ediciones, 1797, 1801 y 1805, todas fechadas en Varsovia. La segunda, editada en Nitawa, 1802, es obra de K. Korzeniowski.

[8] «Hiszpanka w Londynie», traducción anónima, *Tygodnik Petersburski,* núms. 10-11, págs. 65-68, 73-76, 1832.

[9] «Ksiecia Don Zuana Manuela Rady Patroniuszowe...». Poznań, 1847.

[10] «Szklany cztowiek», en *Wieczornice, Powiastki, Charaktery, Zyciorysy i Pedróze.* Poznań, 1854.

Zakrzewski [11]. Esta nueva edición de la obra cervantina se debe a una creciente popularidad de la novela, como género, en Polonia y en toda Europa, acarreando a su vez la publicación de nuevas y viejas ediciones de las obras de escritores extranjeros. Así, «El Quijote» aparece en la serie «Tesoro de las obras maestras de la literatura europea», en compañía de varias novelas inglesas y francesas.

Desgraciadamente, también esta vez el lector polaco tiene que contentarse con una versión alterada de la obra original. El traductor ni siquiera se basa en la, por aquellas fechas, reciente traducción francesa de Viardot, sino que recurre —como lo hiciera su predecesor Podoski— a la versión de Filleau de Saint-Martin. Un detenido análisis textual demuestra que la traducción de Zakrzewski es, al fin y al cabo, una compilación —considerablemente abreviada, eso sí— de las mencionadas versiones francesa y polaca. Así las cosas, queda en pie la acusación hecha a los traductores polacos de trivializar el contenido del libro cervantino y de rebajarlo al rango de una lectura intrascendente, de carácter casi exclusivamente cómico.

Al comienzo de los años sesenta del siglo XIX aumenta considerablemente en Polonia el interés por la literatura española, el cual ahora se centrará no ya en las obras de los siglos pasados, sino en la producción contemporánea. Esta nueva corriente la inaugura Fernán Caballero, coincidiendo su éxito en Polonia con el de Francia y de toda Europa. La mejor prueba de esta popularidad la constituye la aparición, a lo largo de cinco años, 1859-1863, de hasta seis obras de la escritora española traducidas al polaco. Las primeras tres son los cuentos «Más honor que honores», «Callar en vida y perdonar en muerte», y «Una en otra» [12]. Primero, en 1859, se publica en una revista [13], y luego, un año más tarde, en forma de libro [14].

El autor de la versión polaca, Franciszek S. Dmochowski, editor, crítico y traductor, sobre todo de literatura francesa, en un prólogo explica los motivos que le movieron a elegir estos cuentos: la necesidad de conocer la vida social y las costumbres de otros países, el interés por literaturas extranjeras poco conocidas, como, por ejemplo, la literatura española, y el deseo de independizarse de la excesiva influencia de los autores franceses. Esta última intención se ve realizada sólo a medias, puesto que Dmochowski para realizar su traducción echa mano de una versión francesa de «Cuadros de costumbres populares andaluzas», publicada en 1859 por Germond de Lavigne.

El mismo año en el que aparecen los tres mencionados cuentos de Fernán Caballero, la conocida revista cracoviana «Czas» («Tiempo»), publica, en su «Suplemento mensual», una de las más apreciadas novelas de la escritora, «La familia de

---

[11] «Don Kiszot z Manszy», Varsovia, 1855.

[12] Los títulos polacos son, respectivamente, «Prawność i zaszczyty», «Milczyć za życia przebaczyć w godzine śmierci», y «Tadeo Barbo».

[13] «Kronika Wiadomości krajowych i zagranicznych» («Crónica de noticias nacionales y extranjeras»), 1859, núms. 82, 85, 87, 88-91, 102-104, 163-167.

[14] En el tomo II de la colección *Wybór najnowszych tworów literatury zagranicznej. Powieści hiszpańskie przez panne Faber (Selección de las más recientes obras de literatura extranjera. Las novelas españolas por la señorita Faber)*. Varsovia, 1860.

Alvareda» [15]. Es el propio director de la revista, A. Klobukowski, quien se encarga de la traducción de la obra, probablemente también a través de una versión francesa.

De los dos restantes cuentos de Fernán Caballero que se publican en el período del que nos ocupamos en este apartado, sólo el primero, «Obrar bien... que Dios es Dios», puede ser atribuido con toda seguridad a la novelista española; el otro, «Maly handlarz miotel» («El pequeño vendedor de escobas»), parece ser un apócrifo. Ambos aparecen, en 1863, en el popular semanario varsoviano «Wedrowiec» («Peregrinante») [16].

El estudio de la recepción polaca de la narrativa española en el período entre 1781-1863, realizado desde un ángulo editorial y de traducción, nos permite sacar algunas conclusiones generales.

Lo que salta a la vista es el escaso número de obras españolas traducidas y editadas en Polonia en este período de más de 80 años que separa la primera, todavía incompleta, versión polaca de «El Quijote», 1781, de los cuentos de Fernán Caballero, publicados en 1863. Este hecho, así como lo caprichoso en la elección de las obras traducidas, puede ser justificado por factores tales como la falta de un contacto directo con la literatura española, el período de estancamiento que ésta atraviesa después del Siglo de Oro y, al fin, la ausencia de una determinada política cultural, o más exactamente, editorial, salvo la excepcional —en este campo— época de la Ilustración.

Un hecho de primera importancia en la recepción de la narrativa española en Polonia en los años 1781-1863, es su dependencia de la recepción francesa de las obras de prosistas españoles y, por consiguiente, las traducciones no del texto original, sino de traducciones e incluso adaptaciones francesas. El ejemplo más elocuente es aquí el éxito que tuvo en Polonia el hábil adaptador de la novelística cervantina, Florian. Este estado de cosas se observa, en principio, durante todo el período aquí estudiado, desde la primera versión de «El Quijote» hasta la traducción de las obras de Fernán Caballero en los años sesenta.

Las preferencias de los editores polacos van hacia los géneros cortos, como el cuento y la novela corta, que se publican tanto en forma de libros como en revistas.

En cuanto a la popularidad alcanzada por los autores españoles en el período estudiado, a la cabeza se sitúa Cervantes, conocido por versiones de «El Quijote», de «La Galatea» y de tres novelas ejemplares. Le sigue de cerca Fernán Caballero, con su novela «La familia de Alvareda» y los cuentos sacados de los «Cuadros de costumbres populares andaluzas». A estos dos escritores, a los que hay que añadir a Don Juan Manuel con «El Conde Lucanor», se limita el conocimiento que el lector polaco tiene de la narrativa española en el período analizado en este apartado.

El apartado siguiente va a arrojar más luz sobre estos problemas, al extender el campo de investigación a la recepción crítica de la narrativa española en Polonia en los años 1781-1863.

---

[15] «Rodzina Alvaredów», «Czas», Dodatek Miesieczny, 1860, tomo XVII, págs. 521-566; tomo XVIIII, págs. 112-155, 375-416.

[16] *Wedrowiec*, núm. 29, págs. 46-47, 58-65, 1863.

II. Informaciones y juicios sobre la narrativa española en Polonia en los años 1781-1863

El escaso número de traducciones de la narrativa española en Polonia en los años 1781-1863, influye sin duda alguna en que las informaciones y juicios emitidos sobre ella y sus representantes sean relativamente poco numerosos y, en la mayoría de los casos, muy generales.

La primera información más amplia que contiene elementos de apreciación del valor estético e ideológico de una obra perteneciente a la narrativa española, aparece en Polonia en el año 1781 y se refiere a «El Quijote» de Cervantes. La insertó, a modo de advertencia final, el editor del primer tomo de la traducción polaca de la obra [17].

En el período anterior, unas cortas menciones o alusiones concernientes a «El Quijote» se publican en algunas revistas y, sobre todo, en la más importante e influyente de ellas, «Monitor». Todas estas menciones y alusiones se refieren al Caballero de la Triste Figura, viendo en él un loco, un personaje ridículo y cómico, un prototipo del soldado fanfarrón.

El segundo personaje que —al lado de Don Quijote— atrae la atención de los colaboradores de «Monitor», es la idealizada Dulcinea. En las moralizantes consideraciones sobre los caballeros de moda, se pone en ridículo la exaltación novelesca, el exceso de sentimientos y pretenciosidad, echando mano —para combatirlos— de los personajes cervantinos. El autor de una ficticia carta dirigida a la mencionada revista, arremete contra la excesiva idealización del amor y el culto a la mujer, trayendo a colación ejemplos conocidos de la literatura de los siglos pasados. Junto a Laura, adorada por Petrarca, menciona a Dulcinea y a Don Quijote [18].

Al protagonista cervantino se le trata —como ya hemos dicho— como un personaje exclusivamente cómico, lo que influye indudablemente en calificar a la novela misma como una lectura divertida, recomendable a los que buscan consuelo en sus cuitas.

En el período de la Ilustración, cuando las revistas progresistas combaten la moda de novelas de aventuras y amorosas que hace estragos, sobre todo en el bello sexo, a «El Quijote» se le clasifica entre las novelas que escapan de la condena generalizada de este género, considerado como una lectura a menudo nociva y casi siempre inútil. Así, pues, «El Quijote» a los ojos de los literatos y moralistas progresistas se desempeña, en cierta manera, un papel semejante al que ya había desempeñado en España: sirve como arma en la lucha contra la nociva literatura novelesca; en la patria de Cervantes, en la lucha contra las novelas de caballerías, en Polonia, contra las de aventuras y amorosas.

Las referidas menciones sobre los personajes de «El Quijote» son, repitámoslo, muy generales y fragmentarias. Habrá que aguardar a la publicación de la primera versión polaca del libro para disponer de una información más amplia sobre el autor y su obra.

---

[17] Se trata de la traducción de 1781.

[18] Véase «Monitor», 1780, núm. 109, pág. 789. Otras menciones o alusiones referidas a «El Quijote» aparecen en esta revista en los años 1764, 1766, 1772 y 1777.

De esta tarea se encargará J. A. Poser, el editor, en la ya mencionada advertencia final al primer tomo de la edición polaca de 1781. Según todos los indicios, sus informaciones y juicios de valor provienen de alguna edición francesa del libro de Cervantes.

Después de citar algunos datos de la vida del autor español y elogiarlo como un gran poeta y comediógrafo, Poser se ocupa de la propia obra. Todo el tiempo habla de ella en grado superlativo, destacando su bello narrar, su exquisito gusto, la plasticidad y variedad de las descripciones y una sabia reflexión. Para él, «Don Quijote» es una sátira contra la fanfarronería de los españoles y su principal valor se halla en la conjunción de su carácter aleccionador con una sana diversión.

Al citar al escritor francés Saint-Evremond, gran admirador de «El Quijote», el autor de la advertencia llama la atención sobre una acertada y brillante observación de aquél acerca de la paradoja cervantina que consiste en crear la figura de un loco, dotándola a la vez de una razón profunda y de un gran saber.

La recepción de la obra de Cervantes en Polonia, en el período de la Ilustración, está estrechamente ligada a la persona y a la actividad crítico-literaria y periodística del ya mencionado en el anterior apartado, Ignacy Krasicki. Se sabe que este poeta y novelista era autor de muchos artículos anónimos publicados en «Monitor» y cabe suponer que entre ellos se encontraban los que trataban de la obra cervantina. También en otros escritos suyos, más de una vez aludía a varios episodios de ésta.

Cervantes es el único autor español citado por Krasicki en «Zbiór potrzebnieyszych wiadomości» («Colección de informaciones más últiles»), de 1781, libro considerado como una de las primeras enciclopedias polacas. Las informaciones relacionadas al autor de «El Quijote» aparecen también en uno de los artículos de la serie dedicada a los escritores universales. Estas informaciones son muy generales, de carácter más bien enciclopédico, y sólo el artículo sobre las novelas, publicado, al igual que el anterior, en la revista «Co Tydzień» («Cada semana») [19], trae un juicio de valor sobre la obra maestra de Cervantes.

Al clasificar las novelas según el criterio de moralidad y utilidad didáctica, Krasicki asigna a «El Quijote» el lugar de honor entre las novelas extranjeras dignas de recomendación por tener el libro de Cervantes el histórico mérito de atacar y acabar con las novelas de caballerías y sus nefastos ideales. El autor polaco se detiene en el personaje de Sancho a causa de su predilección por los refranes que, por supuesto, tenían un determinado valor didáctico.

Una postura parecida a la de Krasicki respecto a «El Quijote», adopta otro escritor ilustrado polaco, el duque A. K. Czartoryski, que —además— percibe la complejidad del personaje de Don Quijote [20]. Lo considera un loco, pero sólo en lo que se refiere a la imitación de los personajes y motivos de las novelas de caballerías, siendo —en lo demás— un hombre virtuoso, razonable en todo. Para Czartoryski, «El Quijote»,

---

[19] «Co Tydzień», 1798-1799, núm. 17, págs. 159-162.

[20] Véase A. K. CZARTORYSKI, «Myśli o pismach polskich» /«Reflexiones sobre la literatura polaca»/, Vilna, 1801, págs. 219-223.

al igual que los «Cuentos de las mil y una noches», es una agradable diversión a la vez que una lectura útil.

Para los escritores y los comentaristas literarios de la Ilustración polaca, el nombre de Cervantes se asocia casi exclusivamente a «El Quijote». De otra obra de este autor, «La Galatea» en la adaptación de Florian, tan popular en Polonia y en Europa en los últimos años del Siglo de las Luces, encontramos sólo unas aisladas menciones en los prólogos a sus sucesivas ediciones.

Con la llegada del Romanticismo, se producen en Polonia cambios en las predilecciones y gustos literarios, también en lo que se refiere a España. El romanticismo alemán descubre la poesía medieval española y el teatro del Siglo de Oro, en especial, el de Calderón. Todo ello se refleja también en la recepción polaca de la literatura española. Sin embargo, el nombre de Cervantes sigue apareciendo en todos los artículos y estudios concernientes a dicha literatura.

En los años cuarenta del siglo XIX, en el principal exegeta de la obra de Cervantes se convierte el gran conocedor de la literatura española y su propagador: Edward Dembowski. Este polifacético autor: filósofo, crítico literario, historiador de la literatura y publicista, se da a conocer, sobre todo en las páginas de la revista «Przeglad Naukowy» («Revista Científica»), que desempeñaba un importante papel en la vida cultural de Varsovia. La obra de Cervantes, Dembowski, la comenta en un estudio sobre la literatura universal que aparece en 1843 [21].

En este estudio, el crítico polaco presenta una nueva interpretación de «El Quijote», radicalmente distinta de la que había dado la Ilustración. Para Dembowski, la novela de Cervantes no es cómica, aunque su intento consistía en ridiculizar a los autores de novelas de caballerías. Es una obra profundamente trágica, ya que presentaba el choque entre el ideal representado por Don Quijote y la dura realidad del mundo que le rodea. Al Caballero de la Triste Figura que encarna —según Dembowski— el ensueño, la poesía, opone el crítico a Sancho, identificado con la prosa de la vida y representante del mundo de los sentidos. La lucha del noble individuo con el prosaico ambiente termina con la derrota del protagonista. La figura de Don Quijote, precisamente por su tragicidad, es para Dembowski el símbolo de Cervantes y de su vida, llena de desgracias y fracasos.

Estas observaciones del crítico polaco no son originales si se las considera en el contexto de las interpretaciones europeas de la obra de Cervantes. Sometiendo a revisión la tradicional y racionalista exégesis presentada por la Ilustración, Dembowski introduce en Polonia la nueva visión romántica de «El Quijote», nacida en Alemania y desarrollada allí por filósofos, críticos y escritores, tales como Schelling, Hegel, los hermanos Schlegel, Bouterwek y Heine. Esta interpretación filosófica, que llegó a dominar en Europa en los años veinte y treinta del siglo XIX, ve en «El Quijote» su sentido simbólico, una alegórica concepción de la vida y también, en cierta manera, una dialéctica de contradicciones.

A finales de los años cincuenta, el centro de interés de la crítica polaca se traslada

---

[21] «Piśmiennośé powszechna» («La literatura universal»), en «Przeglad Naukowy», 1843, núm. 10 págs. 16-36.

de la obra maestra cervantina a la prosa contemporánea, debido, sobre todo, a la aparición de las primeras versiones de obras de Fernán Caballero. La traducción de estas obras es precedida por la publicación, en 1859, en una de las mejores revistas nacionales, «Biblioteka Warszawska» («Biblioteca varsoviana»), de un amplio estudio titulado «Romans obyczajowy w Hiszpanii. Fernán Caballero y jego opowieści» («La novela costumbrista en España. Fernán Caballero y sus relatos») [22].

Este estudio, que resulta ser una abreviada y anónima traducción del trabajo del crítico francés Charles de Mazade, publicado en 1858, en la popular en Europa revista francesa «Revue des Deux Mondes», se convierte en la principal fuente de información sobre la escritora española, tanto para la crítica literaria polaca como para el simple lector.

El autor francés parte en su análisis de la obra de Fernán Caballero de algunas consideraciones generales sobre la mentalidad española y su expresión en la literatura. Los obstáculos para el desarrollo de una nueva novela social, costumbrista, que contenga una descripción objetiva de la realidad y un análisis psicológico, los ve Mazade en la específica actitud de los españoles hacia el mundo, en su aislacionismo, orgullo nacional, lo misterioso heredado de los árabes, así como en el misticismo y la dominación del catolicismo. Como consecuencia de la progresiva desaparición de estos obstáculos bajo la influencia y el ejemplo de otras naciones, por fín pudo nacer una novela costumbrista española, original e independiente. Su creadora en España es, según Mazade, Fernán Caballero, comparada a Walter Scott por su apego a la tradición popular, a la religión y el amor a su tierra natal y a su pueblo, de los cuales es a la vez historiadora y poetisa. El crítico francés elogia en la novelista española, la maestría con que pinta los cuadros de costumbres, la naturaleza andaluza y describe tipos y caracteres humanos. Subraya también los valores del análisis psicológico, sobre todo, respecto a los personajes femeninos, y su presentación del conflicto entre los defensores de la tradición y los partidarios del progreso. En su entusiasmo, no ve el evidente didactismo de la mayoría de las obras de la escritora que degenera a veces en una obsesión moralizante, el esquematismo en la caracterización de los personajes, así como el excesivo sentimentalismo.

La falta de cualquier acento crítico caracteriza también los prólogos con los cuales los primeros traductores polacos de las obras de Fernán Caballero preceden sus respectivas versiones. Estos prólogos no aportan nada nuevo en cuanto al análisis de la novelística de la autora española, salvo la inclusión en uno en uno de ellos [23] de un estereotipo de la imagen de España de un polaco medio, según el cual, la patria de Cervantes era un exótico país de olivares y naranjos, de guerrilleros y toreros, de sangre caliente y de sacrificio, país de la fe y del amor a la patria.

El estudio de Mazade y los mencionados prólogos de los autores polacos preparan el terreno para una nueva y mucho más intensa fase de la recepción de la narrativa española de la que hablaremos en los siguientes apartados de este trabajo.

---

[22] «Biblioteka Warszawska», 1859, tomo III, págs. 132-160.

[23] Nos referimos al que precede la traducción polaca de «La familia de Alvareda», publicada en la revista «Czas» en 1860.

III. Las traducciones y ediciones de la narrativa española en Polonia en los años 1864-1918

El período que estudiamos en este apartado se caracteriza por un considerable aumento del interés por la narrativa española en relación a los años 1781-1863.

Los principales factores que influyen en este auge editorial son, en primer lugar, el incremento del interés por las literaturas extranjeras en la época del Positivismo [24] y del Modernismo; en segundo lugar, el rápido desarrollo de la prensa y de las editoriales, y en tercer lugar, el hecho de que a la literatura española llega un período de florecimiento de la novela y del cuento. La novelística española pasa las fronteras, se amplía su difusión en Europa Occidental, en especial en Francia y, por consiguiente, su popularidad alcanza también a Polonia.

En el período de 55 años que separan el año 1864 de 1918 aparecen en Polonia 84 ediciones de obras de la narrativa española, repartidas entre 35 ediciones de novelas —25 títulos— y 49 ediciones de novelas cortas y cuentos —45 títulos—. La mayoría de estas obras —58— aparecen en revistas —novelas por entregas—; el resto, o sea 26 obras, son editadas en forma de libros.

Teniendo en cuenta el número de obras editadas, los prosistas españoles a los cuales más se traduce son: Pedro Antonio de Alarcón, en total 15 ediciones, con seis ediciones de novelas; Fernán Caballero, 12 ediciones, con cinco ediciones de novelas; Luis Coloma, 10 ediciones, con tres ediciones de novelas; Antonio de Trueba, nueve ediciones; Vicente Blasco Ibáñez, cinco ediciones, con tres ediciones de novelas; Juan Valera, cinco ediciones, con cuatro ediciones de novelas, y Benito Pérez Galdós, tres ediciones, todas de novelas.

La recepción editorial y de traducciones de la narrativa española en los años 1864-1918 permanece constante y regular en la aparición de las mencionadas ediciones: casi cada año salen al mercado varias obras de prosistas españoles.

En total, durante todo este período se tradujeron y aparecieron en Polonia —en publicaciones periódicas y en forma de libros— las obras de una veintena de narradores españoles. Además de algunos escritores de segunda fila, tales como E. Pérez Escrich, J. Nombela, S. Casanova, A. de Trueba, o poco conocidos, como R. Becerro de Bengoa, E. Rodríguez de Solís, S. López Guijarro, se vertieron al polaco y editaron obras de los más destacados representantes de la novela realista española en tres fases de su evolución: el paso del romanticismo al realismo, representado por Fernán Caballero y Alarcón, el realismo maduro, cuyos representantes son Valera, Blasco Ibáñez y, sobre todo, Galdós, así como el realismo con tendencias naturalistas, corriente a la cual pertenecen algunas obras de Coloma y la novela «La espuma» de Palacio Valdés.

Entre los mencionados escritores, la obra que se dio a conocer de manera más completa fue la de Alarcón, prosista que gozó de una gran popularidad en Polonia en los años 1884-1890 y 1912-1913 [25], juntamente con la de Fernán Caballero, cuyas

---

[24] Este nombre recibe en la historia de la literatura polaca el período del Realismo.

[25] De este autor se publicaron, entre otras, las siguientes obras: «El niño de la bola», dos ediciones:

principales obras aparecieron en los primeros quince años del período estudiado [26]. De las novelas del más grande representante de la novela realista española, Galdós, el lector polaco pudo leer tan sólo las de tesis —«Doña Perfecta», 1876, «Gloria», 1877, «Marianela», 1878— y de sus más importantes obras del ciclo «novelas españolas contemporáneas» fueron conocidos únicamente algunos fragmentos de «La desheredada», «Nazarín» y «Torquemada y San Pedro», publicados en la revista mensual «Przeglad Powszechny» («Revista Universal») en 1897.

En los años 1879-1890 tuvo un gran éxito en Polonia Valera: su «Pepita Jiménez» alcanzó en este período hasta cuatro ediciones —la primera es de 1879, dos de 1883 y la última de 1890—, a lo que cabe añadir una versión de «Las ilusiones del doctor Faustino», 1879. Uno de los más populares escritores españoles en Polonia fue el padre Coloma, especialmente en los años 1890-1903 [27], publicado sobre todo por la prensa clerical y conservadora. De la obra de Blasco Ibáñez, que en el período de entreguerras, 1918-1939, se convertiría en el escritor español más traducido en Polonia [28], se dieron a conocer algunas novelas y cuentos de temática costumbrista y social («La barraca», 1898, «La Catedral», 1903, «Los muertos mandan», 1908). Desgraciadamente se notan también algunas omisiones de peso, como la ausencia durante los 55 años de las figuras tan significativas en el panorama de la novela española del período del realismo crítico como Pereda o «Clarín», así como una presencia más bien simbólica de Emilia Pardo Bazán y la traducción de una sola novela del tan popular en España Palacio Valdés («La espuma», 1890).

Un lugar aparte en la recepción de la narrativa española en Polonia en los años 1864-1918 ocupa Cervantes, el único representante de la literatura clásica española en ese período. Su obra, hasta 1883, se divulga por medio de ediciones de adaptaciones para el público juvenil de «El Quijote» —1870, 1881 y 1883— y en los años 1895, 1899 y 1913 se publican unas nuevas ediciones de la novela en versiones abreviadas. Sin embargo, el más importante acontecimiento en la recepción de la obra cervantina en el período estudiado lo constituye la publicación en 1913, en el tricentenario de su primera edición, de las «Novelas ejemplares».

Un hecho digno de ser observado es el escaso espacio de tiempo que, en el caso de las obras más importantes, separa la edición polaca de la primera edición española. Así las novelas de Alarcón se publican con un retraso de cuatro a diez años respecto a la aparición en la versión original; las de Coloma, de dos a tres años; de Galdós, de tres a doce años; de Valera, cinco años; de Blasco Ibáñez, de tres a siete años, respectivamente.

Cabe también recalcar una cosa muy importante, que es el problema de las

---

1884 y 1901; «El escándalo», dos ediciones: 1884 y 1901; «El capitán Veneno», 1887; «La Pródiga», 1890 e «Historietas nacionales», 1913.

[26] Citemos entre las más importantes: «La familia de Alvareda», 1868; «Clemencia», dos ediciones, ambas de 1869; «Lágrimas», «Lucas García», «Una en otra», las tres de 1871, y «Las dos Gracias», 1877.

[27] Además de varios cuentos se publicaron en ese período las novelas: «Por un piojo», tres ediciones: 1884, 1901, 1902; «Pequeñeces», tres ediciones: 1893, 1901, 1902; «Juan Miseria», dos ediciones: 1890, 1903.

[28] Véase: P. Sawicki, «Twórczość literacka Blasco Ibáñeza i jej recepcja w Polsce» («La producción literaria de Blasco Ibáñez y su recepción en Polonia»), Wroctaw, 1978.

traducciones. A diferencia del período anterior —1781-1863—, en el que la mayoría de las pocas obras de prosistas españoles aparecían en versiones basadas en traducciones o adaptaciones francesas, ahora predominan las traducciones que se hacen directamente del idioma del original.

La calidad de las traducciones es muy diferente. El mayor pecado de los traductores consiste en abreviar el texto original y, en casos extremos, resumir los párrafos descriptivos, así como modificar su contenido. (Por ejemplo, la modificación del final y la variación del estilo, procedimientos que producen deformaciones de la forma original de la obra traducida.)

Al analizar el proceso de la recepción de la narrativa española en Polonia en los años 1864-1918 no podemos dejar de señalar unas determinadas funciones que ésta desempeña en una etapa de controversias de carácter ideológico en la prensa polaca. Se trata, principalmente, del hecho de servirse de obras de autores españoles para defender o propagar unas ciertas orientaciones políticas. Las obras de Fernán Caballero, Trueba y Coloma, conservadoras en la esfera ideológico-moral, son aprovechadas por la prensa clerical, representada sobre todo por «Kronika Rodzinna» («La Crónica Familiar») y «Ktosy» («Las Espigas»), para luchar contra los intelectuales y escritores progresistas que atacaban el tradicionalismo y el clericalismo. Estos últimos, a su vez, buscando apoyo a sus tesis, echan mano —en cuanto a la literatura se refiere— de obras de tendencia progresista. Ilustra este fenómeno, aunque de forma aislada, la publicación en 1879-1880 de «Gloria», novela de tesis de Galdós, en el órgano literario-científico de los progresistas «Ateneum».

IV. La crítica literaria polaca frente a la novelística de Cervantes en el período del Positivismo y del Modernismo.

En el período del Positivismo y del Modernismo que en la literatura polaca va desde 1864 a 1918, la novelística de Cervantes suscita un interés mucho mayor por parte de la crítica literaria que el suscitado durante la Ilustración y el Romanticismo. Se multiplican artículos y estudios en las más importantes revistas literarias y las dedicadas a la problemática cultural y social.

En los años sesenta, entre esos trabajos destaca el artículo de S. Duchińska [29], que traspone las consideraciones contenidas en la famosa disertación del historiador polaco J. Lelewel, titulada «El paralelo histórico entre España y Polonia en los siglos XVI, XVII y XVIII» (1831), del terreno de la historia al de la literatura. La autora del artículo ve analogías entre la imagen satírica del anacrónico estado caballeresco en «El Quijote» y las sátiras que sobre los húsares fanfarrones polacos escribían en el siglo XVII algunos poetas y dramaturgos barrocos.

Una interesante interpretación del personaje de Don Quijote presenta otro conocido crítico polaco, J. Tretiak [30]. Tretiak contrapone dos grandes figuras de la

[29] «Michat Cervantes. Jego zycie i pisma...» («Miguel de Cervantes. Su vida y sus escritos...»), en «Biblioteka Warszawska», 1867, tomo I, págs. 129-144, 388-422; tomo II, págs. 83-101.

[30] Véase su artículo «O Don Kiszocie» («Sobre Don Quijote») en «Opiekun Domowy», 1874, núm. 46, págs. 365-367, núm. 47, págs. 373-375; núm. 48, pág. 382.

literatura española: el Cid y Don Quijote, considerando que representan, respectivamente, un ideal y una caricatura del guerrero. Don Quijote evoluciona paulatinamente bajo la pluma de Cervantes y de una encarnación de la caricatura de un estamento social se transforma en el representante de toda la Humanidad en algunas de sus características. La superficial comicidad inicial se convierte, al final, en lo trágico. Para el crítico, la novela de Cervantes es una sátira sobre los grupos de gente que se dan en cada tiempo y en cada país, los que —enamorados de las poéticas formas del pasado— lo idolatran con todos sus errores, menospreciando el presente. Al escribir estas palabras, el autor del artículo se refería, sin duda, a los representantes de la conservadora novela histórica polaca y sus partidarios que se oponían a toda novedad y progreso en la literatura y la vida social.

En los años setenta del siglo XIX empieza a emplearse en la crítica polaca el término «donkiszoteria», equivalente al español «quijotería» o «quijotismo». Para la autora que lo usó por primera vez en Polonia, S. Chtedowska [31], su valor universal «El Quijote» lo debe a la presentación de un tipo universal, ya que todo idealista, todo soñador, se reconocerá en el héroe cervantino. Desde el punto de vista moral, Don Quijote es un personaje de un valor extraordinario, pero tan sólo desde el punto de vista moral, ya que su patetismo y su honestidad sin fundamento en la verdad dan en el vacío, son inútiles. La vida de tales soñadores errantes, generaliza Chtedowska, se parece a la estancia de Don Quijote en la corte de los Duques, es —desde principio hasta final— una mixtificación.

Una valiosa aportación a una exégesis cada vez más detallada de la obra cervantina la constituye el artículo de W. Marrené [32]. En su opinión, Cervantes —al igual que Shakespeare— demuestra un buen conocimiento de la psicología, incluso de la psiquiatría, lo que es visible sobre todo en la presentación del personaje principal. Marrené —siguiendo la crítica positivista que tenía las ambiciones de apreciar los fenómenos desde el punto de vista científico— echa mano de la autoridad de los psiquiatras para demostrar que Don Quijote no era un loco tan grande como se lo imaginaban la mayoría de los lectores. Algunos de estos psiquiatras sostienen que casi todo ser humano tiene en su mente un punto débil por la culpa del cual la razón puede fallarle. En Don Quijote este punto —según la autora del artículo— es pura y simplemente más desarrollado que en otras personas. En otro lugar, Marrené afirma que la locura de Don Quijote no es nada más que una elevación de tales cualidades, como el valor, la generosidad, la bondad o el espíritu de sacrificio a un grado demasiado intenso.

La fecha de suma importancia en cuanto a la recepción de «El Quijote» por parte de los publicistas y críticos literarios polacos es el año 1898. Este año precisamente se inicia una polémica que va a prolongarse todavía en el primer decenio del siglo XX, polémica cuya base la constituye una antagónica interpretación del héroe cervantino.

---

[31] Véase su artículo «Nowe i dawne kierunki romansu» («Nuevas y antiguas tendencias de la novela»), en «Przewodnik naukowy i literacki» («Guía científica y literaria»), 1878, págs. 521-524, 620-623.

[32] Lo publica bajo el título «Poczatek i rozwój powieści» («Los orígenes y el desarrollo de la novela»), «Tygodnik Mód i Powieści» («Semanario de Modas y Novelas»), 1880, núms. 22-24, págs. 253-255, 265-267, 273-274.

Esta polémica la inauguró, en una de las más influyentes revistas polacas de aquel tiempo, L. Straszewicz, al publicar el artículo titulado «Dwa typy —dwie idee. Don Quichotte i Robinson Kruzoe» («Dos tipos —dos ideas. Don Quijote y Robinsón Crusoe—») [33], artículo cuyas tesis fueron defendidas o atacadas por los más destacados representantes de la literatura y la crítica polacas.

Tomando como punto de partida un acontecimiento político de tal envergadura como fue la derrota de España en la guerra con los Estados Unidos en 1898, Straszewicz busca las causas de tal resultado de la confrontación armada entre la antigua potencia colonial y una potencia nueva recurriendo a la literatura. De ésta escoge dos personajes, dos tipos de las famosas obras de la literatura española e inglesa: Don Quijote y Robinsón Crusoe, considerándoles como representativos de los rasgos nacionales de sus respectivos países.

En Don Quijote, Straszewicz no ve más que defectos. Le caracterizan —según el autor del artículo— la holgazanería, presunción y soberbia. Los nobles fines e ideales no son sino palabras vacías. Lo que para los románticos y sus seguidores era un ideal, una poesía, a los ojos de Straszewicz no es más que una mentira. Para el publicista, el valor universal de «El Quijote» reside en el hecho de que en su héroe Cervantes mostró la enfermedad de su nación. En esta nación —opina Straszewicz— el quijotismo se convierte en epidemia y a los Don Quijotes se les considera héroes.

A Don Quijote, personaje negativo, que encarna todos los defectos de la sociedad española, contrapone el publicista la figura de Robinsón, hombre trabajador, perseverante y emprendedor, es decir, el que tiene las cualidades tan apreciadas por los positivistas. No es de extrañar que no quepa duda quién va a vencer en la lucha entre estos representantes de España y del mundo anglosajón. La conclusión de Straszewicz es tajante: Don Quijote es la decadencia, Robinsón es la fuerza y el futuro.

Las tesis del artículo de Straszewicz las apoyó uno de los más grandes novelistas polacos que también se dedicaba al periodismo, Bolestaw Prus. Este, en una de sus populares «Crónicas semanales» [34], escribe que en la actualidad no sólo en España se encuentran Don Quijotes y no sólo en Inglaterra o Estados Unidos Robinsones. Para Prus, en cada sociedad civilizada hay Don Quijotes como reliquias de la Edad Media, y hay también Robinsones como producto de la instrucción y la industria modernas. Unos y otros están en todas partes, lo importante es según el escritor —cuántos son y qué grupo impone sus ideas y modo de vivir a la sociedad.

Las opiniones de Straszewicz y Prus encontraron inmediatamente una enérgica réplica. En defensa de Don Quijote sale el eminente crítico literario, I. Matuszewski, en el artículo titulado «Don Quijote y Robinsón. Algunas palabras en defensa del noble caballero de La Mancha» [35].

A diferencia de sus predecesores que estudiaban a la figura de Don Quijote desde el punto de vista de su valor o utilidad social, Matuszewski ve al protagonista

[33] Véase «Kraj» («El País»), 1898, núm. 43, págs. 5-9.

[34] Véase «Kronika Tygodniowa» («Crónica Semanal») en «Kurier Codzienny» («Correo Diario»), 1898, núm. 314, págs. 423-429.

[35] «Don Kichot i Robinson. Stów kilka w obronie szlachetnego rycerza z La Manchy» en «Tygodnik Illustrowany» («Semanario Ilustrado»), 1898, núm. 48, págs. 938-939.

cervantino desde un ángulo subjetivo, moral y ético. En opinión del crítico, la medida del valor moral de Don Quijote —o sea del individuo— no es el éxito, sino los motivos que le mueven a actuar. Así, es posible condenar un determinado acto desde el punto de vista de su utilidad y, sin embargo, admirarlo como un hecho altamente ético.

Matuszewski, al defender a la figura de Don Quijote, somete a crítica la idea básica del artículo de Straszewicz, a saber, la de elegir al personaje de Robinsón como símbolo, como tipo universal. A juicio del crítico, Don Quijote es un tipo fuera de tiempo, universal, comparable con figuras-símbolos byronianos o shakespearianos, tales como Manfred, Caín o Hamlet. Esta figuras poseen «rasgos universales», mientras que Robinsón no es más que una fiel y exacta copia de un inglés de clase media.

La obra maestra de Cervantes, tan rica como fuente de una gran variedad de interpretaciones más diversas —incluidas las comparaciones del protagonista con las grandes figuras de otras obras maestras de la literatura europea— inspira también paralelos con la literatura polaca. Un ejemplo de ello es el trabajo del crítico e historiador de la literatura, K. Wojciechowski [36], en el que se detectan conexiones entre «El Quijote» y «Pan Tadeusz» («El señor Tadeo»), obra maestra esta última del más grande poeta polaco, Adam Mickiewicz.

La figura de Don Quijote es evocada entre los fulgores de la I Guerra Mundial. En el artículo titulado «El inmortal Don Quijote» [37], un autor anónimo, en medio de la guerra, en la cual sólo cuentan «fuerza, hierro y sangre», vuelve los ojos al personaje cervantino que encarna para él la generosidad, la verdad y la justicia. El idealismo de Don Quijote se opone aquí al positivismo y realismo del mundo contemporáneo.

El año 1918 es un año excepcional en cuanto a la recepción polaca de la obra cervantina. Aparecen entonces dos importantes trabajos de carácter científico: un inteligente y sugestivo estudio dedicado a la investigación de la analogías y posibles influencias de «El Quijote» en una de las grandes obras de la literatura polaca, «Dziady» («Los antepasados»), de Mickiewicz, estudio cuyo autor era Z. Matkowski [38], y otro, una especie de monografía titulada «Al margen de "El Quijote"», escrita por el filósofo y estético M. Sobeski [39].

Matkowski, examinando la génesis, el fondo histórico-literario de «El Quijote» y su influencia en la literatura europea, afirma que en esta obra Cervantes une la actitud moralizadora y costumbrista a la tendencia antisentimental, y estos elementos entran a formar la noción de un nuevo género satírico-moralizador a que Matkowski le da el nombre de «donquijotada». Ese género, por otra parte, se había desarrollado, sobre todo en Francia, en el siglo XVII como instrumento de lucha con el sentimentalismo de la novela pastoril y «le roman précieux». La esencia de la «donquijotada» —según

---

[36] K. WOJCIECHOWSKI, «Hrabia w Panu Tadeuszu a Don Kiszot» («El Conde en "El señor Tadeo"» y «Don Quijote»), Stryj, 1900.

[37] «Nieśmiertelny Don Kiszot» en «Tygodnik Illustrowany», 1917, núm. 25, págs. 309-310.

[38] Z. MATKOWSKI, «Cervantes w Polsce. I. «Don Kichot» a «Dziady» wileńskokowieńskie» («Cervantes en Polonia. I. "Don Quijote" y "Los Antepasados" de Vilna y Kowno») en «Pamietnik Literacki» («Diario Literario»), 1918, págs. 26-66, 246-283.

[39] M. SOBESKI, «Na marginesie Don Kiszota» en «Zdrój» («El Manantial»), 1918, tomo III, págs. 118-121, 144-148, 177-179; tomo IV, págs. 17-19, 49-51, 77-79, 113-115, 146-149, 180-182; tomo V, págs. 46-49.

el autor— consiste en, crear un cierto tipo de manía, alimentada por una específica literatura o, más generalmente, cultura, la misma que debe ser el objeto de la condena. Matkowski llama la atención sobre la extraordinaria riqueza de posibilidades interpretativas de «El Quijote», mencionando la novela inglesa del siglo XVIII de Fielding y Sterne, con su modificación de la «donquijotada», la recepción roimántica de la obra de Cervantes en Alemania y la manifiesta influencia de «El Quijote» sobre J. J. Rousseau.

Analizando la novela cervantina y «Los antepasados», el crítico pasa revista a problemas tales como la locura causada por la lectura, la locura amorosa, la religión del amor cortesano, amor platónico hacia una mujer ideal. En la locura amorosa, Matkowski distingue en Cervantes dos géneros: uno es la seudolocura que expresa el sentimentalismo caballeresco imitado de «Amadís», y el otro, la locura de amor que tiene una base místico-erótica. En las conclusiones, el autor del estudio subraya el didactismo común de Cervantes y Mickiewicz llama la atención sobre la maestría de ambos autores en el campo del «moralizar artísticamente», consistente en aprovechar de una manera sugestiva la psicología patológica de los protagonistas, así como en aplicar hábilmente los factores formales del arte literario: el simbolismo y la decoratividad. Según Matkowski, Mickiewicz no es un imitador pasivo de Cervantes, sino que aprovecha de una manera creativa, transformándolos, varios elementos y motivos de la obra del escritor español.

La monografía de Sobeski constituye un ambicioso intento de dar una visión global de la obra de Cervantes, analizada en relación con los azares de su vida. Es como una síntesis o un resumen de todo lo que se había dicho hasta ahora en esta materia, basándose, sobre todo, en la lectura de los trabajos de cervantistas franceses, alemanes y españoles.

Pasando revista a las interpretaciones de la obra de Cervantes, conocidas ya en Europa occidental, pero todavías no en Polonia, Sobeski se detiene en el comentario que le dedicó a «El Quijote» Unamuno en su «Vida de Don Quijote y Sancho» y, luego, en el libro «Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos». En este comentario, como es bien sabido, el autor español traza un paralelo entre las vivencias de Don Quijote y los destinos de España, sobre todo, los acontecimientos del año 1898.

Al comparar a Don Quijote con las grandes figuras de la literatura española, figuras profundamente místicas, Sobeski afirma que entre los hermanos de aquél hay que contar a Calderón «desgarrado en su impotencia para reconocer la vida y el sueño, a Santa Teresa con San Juan de la Cruz, invitando a la muerte para conquistar la vida y, por fin, a Ignacio de Loyola, que sale al camino como un caballero andante de Cristo» [40].

Mirando desde otro punto de vista, en volver las espaldas al mundo considerado como un fantasma, creado engañosamente por el intelecto, y en la admiración del mundo como producto de la voluntad activa, en «El Quijote» —interpretado por Unamuno— ve el crítico polaco el reflejo de una nueva corriente filosófica, nacida a

---

[40] M. SOBESKI, *op. cit.*, pág. 180.

principios del siglo XX en los Estados Unidos, corriente conocida bajo el nombre de pragmatismo.

Al finalizar su monografía, Sobeski ofrece su propia, sintética, interpretación de «El Quijote». He aquí —y con eso terminamos este apartado— sus palabras. «En un estrecho cañamazo de la sátira literaria, con los ojos clavados en el ideal del caballero que acariciaba en su corazón, empezó Cervantes a tejer un lienzo de su propia alma, alma española. La dividió en dos mitades: en Don Quijote y en Sancho. Y, ampliando cada vez más los marcos primitivos, la entrelazó en el fondo multicolor de la vasta vida de su patria. Además de una serie de trazos claros, vigorosos y enérgicos, la dotó todavía con una riquísima escala de vibraciones, tan sólo empezadas, medio dichas, centelleantes y chispeantes con su multitud de significados como la sonrisa de La Gioconda. Y toda esta escala de vibraciones quijotescas la tendió entre dos polos, entre el místico y el bandido. No es de extrañar, pues, que allí uno pueda poner cualquier cosa» [41].

V. La recepción crítica de la novela realista española en Polonia en los años 1864-1918

La atención que presta la crítica literaria polaca a la novela realista española en los años 1864-1918 es mucho más limitada que la demostrada hacia la obra de Cervantes en el mismo período. Una prueba de ello es la inexistencia de un artículo o de un estudio global en el que se presentaran las características generales y la evolución de la narrativa española en la segunda mitad del siglo XIX y en el primer decenio del siglo XX. Algunas opiniones sobre este tema se pueden encontrar en trabajos que abordan la obra de determinados autores, estudiándose, además en ellos, más que la novela la literatura española en general.

Todos los críticos notan el despertar de la literatura española, en especial de la novelística, después de un período de marasmo y estancamiento. S. Duchińska [42], hablando en tono entusiasta de las obras de Trueba y Fernán Caballero, subraya el papel de la novela en España, su originalidad, un carácter profundamente nacional y el criterio de utilidad moral que guía a sus autores.

Una actitud radicalmente opuesta adopta el publicista y novelista E. Lubowski [43] quien, basándose en una historia de la literatura española del francés Hubbard, señala que en España el no extinguido espíritu de intolerancia y fanatismo dificulta una producción novelística valiosa desde el punto de vista ideológico. La neocatólica

---

[41] M. SOBESKI, *op. cit.*, pág. 182.

[42] Véase su artículo «Stan literatury hiszpańskiej w Hiszpanii i Ameryce Potudniowej» («El estado de la literatura española en España y en la América del Sur») en «Biblioteka Warszawska», 1870, págs. 265-269, y en la misma revista, «Przeglad literatury hiszpańskiej» («Revista de la literatura española»), 1876, tomo II, págs. 1-16, 269-278 y 477-500.

[43] Véase su trabajo «Przeglad literatury hiszpańskiej najnowszych czasów» («Revista de la literatura española de los últimos tiempos») en «Ktosy» («Espigas»), 1876, núms. 594-600, págs. 318-319, 331-334, 342-343, 362-363, 396-398 y 411-415.

reacción política, representada por Trueba y Fernán Caballero, no encuentra, en opinión de Lubowski-Hubbard —contrapeso en las obras de los escritores pertenecientes al bando opuesto, entre los cuales menciona el crítico a Alarcón.

Sobre la novela española de los años ochenta se pronuncia un eminente romanista y crítico, E. Porebowicz, en su estudio titulado «El movimiento literario de Europa suroccidental» [44]. En su opinión, los más destacados novelistas españoles pertenecen a dos facciones: conservadora y progresista, lo que no les impide a unos y otros ser realistas. La diferencia entre ellos es menos ideológica que psicológica, ético-estética y hasta filosófica. Así pues, el realismo de Fernán Caballero, Alarcón o Valera es, primero, inconsciente, ya que resulta del temperamento del escritor, para luego —en la ética y en el arte— ser sometido a las leyes de lo bueno y de lo bello sobrenaturales. En cambio, el realismo de los escritores progresistas como Galdós y la Pardo Bazán es —según el crítico— consciente y elevado al rango de un sistema en que la tendencia moral es considerada un deber social y la estética se guía por leyes intuitivas de lo bello.

Porebowicz hace mención también de la moda del naturalismo que se observó en la segunda mitad de los años ochenta en España, moda atacada por Alarcón y, sobre todo, por Valera. En base a las ideas y obras de la Pardo Bazán, intenta determinar las diferencias que existen entre el naturalismo francés y el español, considerando a este último como un naturalismo muy atenuado, sin el principal resorte de un verdadero naturalismo que es el determinismo fisiológico.

La misma opinión sobre este tema expresará muchos años más tarde T. Wodzicka, especialista en literatura española de la revista «Przeglad Powszechny» («Revista Universal») [45], oponiéndose a la valoración que del naturalismo español —visto como una exaltación del vicio y de la brutalidad —había hecho T. Grabowski [46].

Sobre otro aspecto de la novelística española llama la atención un artículo de Z. Milner [47]. Este crítico y traductor de Cervantes, «Novelas ejemplares», 1913, nota, en general, en la mentalidad y en la literatura españolas, así como en la novela contemporánea, la ininterrumpida presencia de dos elementos que, muy a menudo, se complementan mutuamente: un elemento espiritual, que se expresa en un idealismo impregnado de misticismo, y uno, material, expresado por el realismo. Entre los representantes del idealismo en la novela española menciona Milner a dos escritores modernistas: Ricardo de León y Ramón del Valle-Inclán, mientras que en la corriente realista clasifica a Galdós, la Pardo Bazán y Blasco Ibáñez. Sin embargo, a todos ellos les une —según el crítico— una mezcla de elementos realistas e idealistas, con un visible predominio de uno de ellos que decide de la pertenencia de esos escritores a una u otra tendencia.

Los juicios de valor y opiniones de carácter general emitidos por la crítica literaria

---

[44] «Ruch literacki potudniowo-zachodniej Europy. III. "Literatura hiszpańska» en «Przeglad Polski» («Revista Polaca»), 1889, tomo 91, fasc. 271-273, págs. 59-100 y 307-341.

[45] Véase su estudio titulado «Z nowszej literatury hiszpańskiej» («De la nueva literatura española»), «Przeglad Powszechny», 1906, tomo 92, págs. 99-110 y 415-423.

[46] Véase su crítica del libro de J. L. Pagano «A través de la España literaria», en *Przeglad Polski*, 1905, tomo 155, págs. 344-346.

[47] «Ruch literacki w Hiszpanii» («El movimiento literario en España»), en *Museion*, fasc. 1, págs. 111-116.

sobre la novela española en Polonia en los años 1864-1918 son —como se ha podido ver— relativamente escasos. Con más frecuencia escriben los críticos y publicistas polacos —recurriendo en muchos casos a publicaciones de sus colegas franceses y, a veces, españoles— sobre determinados autores, comenzando —cronológicamente— por la obra de Fernán Caballero.

Las opiniones sobre la novelista española van desde un entusiasmo exento de cualquier juicio crítico, Duchińska [48] y algunos críticos anónimos, a juicios más sopesados y objetivos, Lubowski [49], Swiecicki [50] y Chtedowska [51]. Entre las cualidades de las obras de Fernán Caballero se ven su carácter nacional y democrático, su religiosidad, una acertada descripción de las costumbres, tipos y trajes, el sentido del humor y la poetización de la realidad cotidiana. Los defectos que merman el valor de la narrativa de la autora de «Clemencia» son —en opinión de los críticos— su carácter retrógrado y antiprogresista, tradicionalismo, un moralismo «ingenuo e infantil», un excesivo sentimentalismo y una psicología simplificada de los personajes.

Un interés mucho más reducido suscita en la crítica literaria polaca la obra del escritor español más traducido y editado en Polonia en los años 1864-1918, P. A. de Alarcón. Casi todas las opiniones e informaciones —por otra parte muy generales— concernientes a su novelística aparecen en forma de cortos artículos o prólogos a las versiones de sus obras.

Entre los críticos e informadores —algunos de los cuales prefieren guardar su anonimato, ya que acuden a publicaciones francesas— se distinguen los ya mencionados con anterioridad, Swiecicki [52], Porebowicz [53], así como el traductor de «Historietas nacionales», K. Kramarczyk [54]. Las obras que más interesan a los críticos son «El sombrero de tres picos», «El escándalo», «El niño de la bola» y las mencionadas «Historietas nacionales». A Alarcón se le considera como un escritor dotado de un gran talento narrativo y sentido del humor, mucho mejor en sus cuentos y novelas cortas que en sus grandes novelas. Se destaca, asimismo, una doble vertiente de su obra: idealista en cuestiones de los principios éticos y realista en su ejecución, y se subraya su habilidad en la presentación de la psicología de los personajes y una gracia típicamente andaluza.

De todos los novelistas españoles del siglo XIX, el más apreciado por la crítica literaria polaca es Galdós, que en las personas de Swiecicki y Wodzicka encuentra a sus más competentes conocedores y divulgadores.

Según el primero de estos críticos [55], en la literatura española fue Galdós quien, con Valera, abandonó la mera presentación de episodios y la fábula, para ocuparse de

---

[48] Véanse sus artículos citados en la página 27, nota 42.

[49] *Op. cit.*, pág. 412.

[50] J. A. Swiecicki, «Przeglad literatury hiszpańskiej» («Revista de la literatura española»), en *Biblioteka Warszawska*, 1879, t. II, pág. 199.

[51] St. Chledowska, «Szkice literackie» («Esbozos literarios»), Lwow-Warszawa, 1885, t. I, cap. V, págs. 155-172.

[52] J. A. Swiecicki, *op. cit.*, págs. 203-204.

[53] E. Porebowicz, *op. cit.*, págs. 328-331.

[54] Véase P. A. de Alarcón, «Nowele» («Novelas cortas»), Lwow-Zloczów, 1913, prólogo.

[55] Véase su artículo «Wspólczneśni powieściopisarze hiszpańscy. I. Don Benito Pérez Galdós», «Los

los problemas y las ideas que más preocupaban a la sociedad de su tiempo. Galdós, en opinión de Swiecicki, es a la vez un filósofo y un artista. Al presentar las grandes ideas no huye a un mundo de abstracciones, sino siempre tiene en cuenta la realidad. Sus novelas no son una reproducción fotográfica de la sociedad, sino una síntesis artística. Constatanto la evolución de Galdós desde un «realismo espiritual objetivo» hacia el naturalismo visible en su novela «La desheredada», defiende el crítico la versión galdosiana de esta orientación literaria que se libera de excesos característicos de la novela naturalista francesa. Al fin, tratando los «Episodios nacionales», atribuye su principal valor a un profundo conocimiento de la historia de España demostrado por el autor y a su aspecto social, que consiste en describir con colores crudos pero verdaderos la corrupción de la sociedad con todas sus consecuencias.

Otra gran admiradora de Galdós, T. Wodzicka, le dedica al autor español un amplio estudio publicado en la revista *Przeglad Powszechny (Revista Universal)* [56]. De acuerdo con la orientación católica de esta revista, Wodzicka busca en la obra del autor de «Fortunata y Jacinta» acentos religiosos, demostrando que a pesar de los muchos elementos alejados de la religiosidad concebida según los estereotipos polacos y teniendo en cuenta la especificidad española, Galdós es en España uno de los escritores más religiosos. Esto es visible —según Wodzicka— especialmente en las novelas «Nazarín» y «Torquemada y San Pedro». En «La desheredada», en la que describe toda la miseria moral y material de los bajos fondos madrileños, Galdós —en opinión de la autora del estudio— no oculta su propósito moral, condenando las malas pasiones.

En el primer decenio del siglo XX se debilita en Polonia el interés por la obra de Galdós, y su lugar en las predilecciones de los críticos polacos lo ocupa Blasco Ibáñez. Precisamente este escritor es contrapuesto a Galdós por Z. Milner [57], que expresa la opinión según la cual el autor de «Gloria» no conoce bien a su nación, no comprende su psicología, no siente sus tradiciones, y estos defectos no los podrán sustituir ni las nobles intenciones ni la cultura literaria, ni teorías sociales que podrían aplicarse en todos los países excepto en España.

Esta apreciación tan injusta contrasta con el tono de un reconocimiento general y encendidos elogios, tanto hacia el valor ideológico de la obra de Galdós, como hacia sus cualidades estéticas que caracterizan casi todos los juicios de valor que se publicaron en la prensa periódica polaca en los años 1864-1918.

Al lado del nombre de Galdós, los críticos polacos suelen poner el de Valera, considerando a éste como un innovador y representante de una particular orientación en la novela realista española del siglo XIX. Swiecicki [58] elogia la calidad de su estilo,

---

novelistas españoles contemporáneos. I. Don Benito Pérez Galdós», en la revista *Swiat (El Mundo)*, págs. 39-51, 1888.

[56] T. Wodzicka, «Pérez Galdós i jgo dziela» («Pérez Galdós y sus obras»), *Przeglad Powszechny*, 1897, tomo 55, fasc. 9, núm. 165, págs. 329-357; t. 56, fasc. 10, núm. 166, págs. 43-73; fasc. 11-12, núms. 167-168, págs. 212-242, 373-388.

[57] Z. Milner, *op. cit.*

[58] Véase su artículo «Przeglad literatury hiszpańskiej» («Revista de la literatura española»), en *Biblioteka Warszawska*, 1879, t. II, pág. 205.

la bella forma que considera clásica, a diferencia de un contenido moderno donde hay contradicciones filosóficas, escepticismo, ironía y una acertada descripción de la psicología humana. El crítico polaco le achaca a Valera el carácter aristocrático de su obra, que la hace inaccesible al gran público, así como su falta de sentimientos y dramatismo.

Mientras que Swiecicki se detiene principalmente en «Pepita Jiménez», otro crítico, W. Bugiel [59], prefiere otra novela de Valera, «Las ilusiones del doctor Faustino», viendo en ella la obra más característica del autor español. Según Bugiel, el nombre de Faustino —diminutivo de Fausto— ha sido elegido expresamente para describir en el marco de un determinado carácter las cualidades del español moderno. Una de estas cualidades es el alto sentimiento del honor, del orgullo que no le permite dedicarse al modesto trabajo cotidiano. Faustino habla mucho de grandes hazañas, pero no las realiza. Es un personaje interiormente desgarrado, abúlico, lo que le conduce a una ruina moral. El crítico polaco ve un parentesco entre éste y los protagonistas de dos obras maestras de la literatura rusa: «Un héroe de nuestros tiempos», de Lermontov, y «Eugenio Oneguin», de Pushkin.

El novelista español más comentado en los años 1890-1902 en Polonia fue Luis Coloma, sobre todo después de la publicación de una versión polaca de su novela «Pequeñeces», en 1893. Los críticos y publicistas polacos Wodzicka [60], Porebowicz [61], Pajzderska-Rogozińska [62], ven a este escritor jesuita como un ferviente patriota y moralista, que en su obra trata de curar a la sociedad de sus defectos. Su crítica de la aristocracia, caracterizada con acierto pero muchas veces con demasiadas tintas negras y colores chillones, se convierte —en opinión de los críticos polacos— en una sátira e incluso caricatura. Estos críticos, por otra parte, aprecian más las novelas que los cuentos del autor de «Juan Miseria», censurando en éstos la pobreza de su argumento, una acción demasiado esquemática y un excesivo celo moralizante de un autor que se olvida de que una obra literaria no es un púlpito. Sin embargo, se recomienda la lectura de estas obritas, ya que describen personajes, escenas, costumbres y paisajes españoles con el don de observación de un sagaz testigo.

En los años 1905-1912, la crítica literaria polaca se ocupa preferentemente de la obra de Blasco Ibáñez. Algunos críticos ven con malos ojos el naturalismo del autor valenciano, destacando su brutalidad y falta de mesura (Grabowski) [63]; otros, alegan reparos de tipo ético y moral, Wodzicka [64], coincidiendo todos en la crítica de su estilo

---

[59] Véase su trabajo titulado «Juan Valera», en la colección *Studya i szkice literackie (Estudios y esbozos literarios)*, págs. 45-50. Poznań, 1910.

[60] Véase su estudio «Najnowszy powieściopisarz hiszpański. Ksiadz Luiz Coloma, S. J.» («Un nuevo novelista español. El padre Luis Coloma, S. J.»), en *Przeglad Polski (Revista Polaca)*, 1892, t. 104, fasc. 11, núm. 311, págs. 343-392.

[61] E. Porebowicz, «Przedmowa» («Prólogo») a L. Coloma, «Kurrita» («Pequeñeces»), t. I. págs. I-V, Varsovia, 1893.

[62] H. Pajzderska-Rogozińska, «Przedmowa» («Prólogo») a L. Coloma, «Pisma O. Ludwika Colomy» («Obras de Luis Coloma»), t. I, págs. 5-10. Varsovia, 1901.

[63] T. Grabowski, *op. cit.*, págs. 344-346.

[64] Véase su artículo «Z nowszej literatury hiszpańskiej» («De la nueva literatura española»), en *Przeglad Powszechny (Revista Universal)*, 1906, t. 92, págs. 418-421.

desaliñado y de la defectuosa construcción de sus obras. Los mismos críticos, a los que hay que añadir Z. Milner [65] y algunos publicistas anónimos, elogian en la obra de Blasco Ibáñez su interés por los importantes problemas y fenómenos sociales, la plasticidad de sus descripciones del ambiente y su conocimiento del pueblo español y de su psicología.

Además de los novelistas ya mencionados, a los que —como hemos visto— la crítica literaria polaca ha prestado bastante atención, hay otros, algunos incluso de primera fila, como Pereda, Emilia Pardo Bazán y Palacio Valdés, que están casi ausentes del campo de interés de esta crítica. A éstos se dedican tan sólo algunas menciones generales muy aisladas que con pocas palabras tratan de caracterizar su obra. Así, de Pereda se dice que es un escritor costumbrista, representante de un crudo y vigoroso realismo no exento de poesía, mientras que a la autora de «Los pazos de Ulloa» se la ve como una representante de un atenuado naturalismo español y una buena pintora de la vida española contemporánea. Palacio Valdés es, a su vez, caracterizado como un escritor naturalista influido por los naturalistas franceses, a quien le interesa más la psicología que la fisiología de los sentimientos.

Para completar y terminar esta revista de novelistas españoles presentados al público polaco por la crítica literaria, añadamos que ésta dedicó alguna que otra mención a escritores de segunda fila, tales como A. de Trueba, comparándolo con Fernán Caballero, E. Pérez Escrich y M. Fernández y González, comparados con Dumas, J. Nombela, E. Castelar, J. O. Picón y un representante de la novela erótica, F. Trigo.

Resumiendo las consideraciones expuestas en este artículo, podemos aseverar —en base al material analizado— que tras el primer período, 1781-1863, caracterizado por un escaso interés hacia la narrativa española en Polonia en los años 1864-1918, se observa un notable aumento de las traducciones —realizadas, las más de las veces, del original— y un incremento en el número de opiniones y juicios críticos. La crítica literaria polaca que los emite se esfuerza en mostrar toda la riqueza del contenido de la novelística española, su diferenciación temática e ideológica, así como su especificidad social y costumbrista y sus valores estéticos.

Así pues, gracias a las iniciativas de los editores, el trabajo de los traductores y la labor valorativa y divulgadora de la crítica, la narrativa española o —en sentido más amplio— la literatura española deja de ser en Polonia una literatura desconocida, llenándose así la laguna que existía en este apartado de las relaciones culturales hispano-polacas.

KAZIMIERZ SABIK
Katedra Iberystyki
Universidad de Varsovia
ul. Obozna 8
WARSZAWA 00-927/1 (Polonia)

[65] Z. Milner, *op. cit.*, pág. 115.